

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, eujus cansam agitis, rogimus ut vos in proposito confirmet.—Pío IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

ITÚRBIDE.

DON CARLOS NAVARRO Y RODRIGO.

Es el Sr. Navarro y Rodrigo un diputado constituyente, antiguo partidario de la unión liberal y antiguo periodista, y tal vez porque comienza ya a entrar en ese período de la vida en que a la ligera fogosidad sustituye la tranquila madurez, el Constituyente principia a pagarse poco de constituciones; el unionista a desconfiar bastante de los partidos y de las revoluciones, y el periodista a mirar con frío desde el periodismo.

No ha mucho tiempo dió a la estampa el señor Navarro un libro intitulado *O'Donnell*, en el cual, si se veía la mano de quien tantas veces había estrechado asiduamente la de aquel célebre general, no se notaba menos la pluma del liberal que analiza desapasionadamente las épocas y los hombres, y presenta, acaso sin querer, cuadros de provechosa enseñanza para los pueblos que se dan candidamente del liberalismo.

En el libro *O'Donnell*, el Sr. Navarro ponía de manifiesto grandes miserias de los Gobiernos liberales españoles; en el libro que ahora acaba de publicar con el título de *Itúrbide*, el Sr. Navarro, el diputado unionista que tomó su parte correspondiente en la revolución setembrina, reniega, mal que le pese, de las revoluciones, y censura de singular manera la misma revolución.

Lo que ha pasado con la de Setiembre es cosa bien singular. Hastiado todo el mundo con aquella sombra de monarquía que imaginó conquistar el aprecio de los españoles echándose en brazos de moderados sin prestigio y sin autoridad, recibíese con cierto júbilo el cambio radical que venía a traernos la revolución de Setiembre, no por lo que en sí era ese cambio, sino por lo que tras él podía suceder. Pues á poco de la revolución, los mismos hombres que tomaron gran parte en ella, comenzaron a manifestar claramente su disgusto. Vieron delante de sí un abismo, y el instinto de conservación les obligó á dar un paso atrás. Esto le ha sucedido al Sr. Navarro; y no es ciertamente que haya dejado de ser liberal ni mucho menos, sino que ha dejado de tener fe en las revoluciones.

De esta situación de su ánimo es prueba convincente su libro sobre *Itúrbide*. La cual obra, por más que parezca extraño á nuestros lectores, no es ni más ni menos que la historia de la revolución de España escrita por un enemigo político de Prim. *Itúrbide* es D. Juan Prim; la revolución de Méjico es la revolución española, y esto sin alterar hechos ni caracteres; siendo fiel el narrador, y dando alguna que otra vez ligeras pinceladas para notar el parecido de los sucesos y de los personajes.

El Sr. Navarro se muestra complaciente con la revolución de Méjico, mientras *Itúrbide* no la sacó de quicio y pensó en encumbrarse prescindiendo del plan de Iguala, en el que se pedía á D. Fernando VII ó á un infante de España en su lugar para que ocupara el trono de aquel país independiente. Pero la complacencia del señor Navarro, que ve sin duda en el plan de Iguala alguna semejanza con el plan de los revolucionarios de Setiembre, cuyo propósito fué proclamar á Montpensier, tiene difícil justificación en la historia que el mismo Sr. Navarro hace de la conducta política y administrativa de los Gobiernos españoles en Méjico. Este bosquejo histórico es tal vez una de las páginas más notables del libro *Itúrbide*. Como no suele suceder que los escritores liberales rindan un tributo de justicia á nuestra antigua monarquía y á nuestra dominación en las Américas, creemos que se verá con gusto el relato que hace el historiador de *Itúrbide* sobre este punto interesante. Dice así:

«La educación católica, con exclusión de toda otra, se daba en las universidades, en los colegios y en los seminarios de nuestro país por los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, esa fué la que se dió también en Méjico. Trasplantados fueron á América todos los elementos de educación social, política y religiosa que España poseía para sí propia. En 1521 se conquistó á Méjico, y ya en 1526 se fundó el colegio de Infantes; en 1529 el de San Juan de Letran, y en 1533 el de San Pablo, exclusivamente destinado á la educación de los indios. Con el primer virrey don Antonio de Mendoza llegó á Méjico la primera imprenta que pasó el Atlántico cuando muchas capitales carecían de ella en Europa. En 1534 fundó el colegio de Santa Cruz de Tlaltecuclo en que se educaba brillantemente á los hijos de los caciques, y las misiones que se multiplicaron y los conventos que se establecieron, fueron eran de luz y de civilización por aquella época en las ciudades, en los campos y hasta en los desiertos. La universidad de Méjico, fundada en 1551, se regía por los mismos estatutos y gozaba iguales privilegios que la de Salamanca, la mejor de España, y de ella salieron los más sabios profesores para inaugurar las cátedras de esa su hermana del Nuevo-Mundo. Innumerable sería la lista de los colegios destinados á la propagación de la enseñanza fundados por los españoles en Méjico, de esos españoles á quienes se pinta con el bárbaro designio de perpetuar la ignorancia entre los indígenas. Innumerable también la lista de los mejores distinguidos ó ilustres que salieron de dichos colegios, de las universidades de Méjico, de Puebla de los Angeles, de Chiapas, de Guadalajara y de los seminarios de los mismos pueblos de los Angeles y Chiapas, de Oajaca, de Michoacan, de Guadalajara, de Durango, de Linares, de la Sonora, de los institutos que en diversos pueblos se establecieron y de las infinitas escuelas que se crearon para ambos sexos.

Es más. Poseía Méjico, por los cuidados de la madre patria, un colegio de minería que esta podía enseñarle. Conoció la idea del sabio mejicano Velazquez de Leon, y aprobada por el Gobierno de la metrópoli envió á establecerle, muerto aquel, á D. José Fausto Elhuyar, natural de Logroño, que fué pensionado con su hermano D. Juan por el rey de España para estudiar las ciencias exactas en los colegios de Alemania á fin de establecer en Madrid un colegio de minería, cosa que se aplazó entre nosotros dos veces para dar la preferencia á América, y sobre todo á Méjico, á donde fué destinado también D. Andrés del Río, otro ilustre pensionado español que se había educado en las escuelas extranjeras, con doce peritos alemanes que montaron admirablemente aquel establecimiento, tanto, que el sabio barón de Humbolt dice de él en su *Ensayo histórico de la Nueva España*, que no sabían que admirar y elogiar más, si la bella y suntuosa arquitectura del edificio, ó la sabiduría y modestia de sus profesores.

Y hay más aun. Las bellas artes, que no florecen grandemente en América, en Méjico rayaban á tal altura que nada tenían que envidiar á Europa. Con 12,000 pesos al año auxiliaba el Gobierno español á aquella academia. No en vano decía á propósito de esto el ilustre sabio alemán: «Se admira uno al ver que el Apolo de Belveder, el grupo de Laoconte y otras estatuas más colosales han pasado por caminos de montañas, que por lo menos son tan estrechos como los de San Gotardo, y se sorprenden al encontrar estas grandes obras de la antigüedad reunidas bajo la zona tórrida y en un llano ó cuesta que está á mayor altura que el convento del gran San Bernardo. La colección de yesos puesta en Méjico, ha costado al rey cerca de 40,000 pesos. La enseñanza era gratuita y se daba á todos los mejicanos y españoles sin distinción de clases. «Todas las noches—añade Humbolt—se reunen en grandes salas, muy bien iluminadas, con lámparas de Argand, centenares de jóvenes, de los cuales unos dibujan al yeso ó al natural, mientras otros copian diseños de muebles, candelabros ó otros adornos de bronce. En esta reunión (era bien notable en un país en que tan inveteradas son las preocupaciones de la nobleza contra las castas), se hallan confundidas las clases, los colores y las razas; el hijo del pobre artesano entrando en concurrencia con los de los principales señores del país. Conselata ciertamente el observar que bajo todas las zonas el cultivo de las ciencias y artes establece una cierta igualdad entre los hombres, y les hace olvidar, á lo menos por algún tiempo, esas miserables pasiones que tantas trabas ponen á la felicidad social.»

Este era Méjico en las épocas del oscurantismo, de la ignorancia y de la tiranía. Este era el Méjico de los frailes y de los esplotadores, el Méjico que *Itúrbide* quería reorganizar. ¿Qué ha sido después, se pregunta el Sr. Navarro, en tiempo de *Itúrbide*, de la república, de Maximiliano y de Juárez? Y el Sr. Navarro se contesta que son ruinas las bellezas artísticas que dejaron nuestros padres, que la agricultura y la industria un día florecientes están hoy agonizando, que los conventos son cuarteles y las casas de la ciencia casas de prostitución; que la Hacienda desahogadaísima ayer está hoy en perpetua bancarota; en una palabra, que lo que era tiranía é ignorancia es hoy libertad é ilustración. Ya es sabido lo que estas palabras significan en el lenguaje moderno.

Pero *Itúrbide*, soldado valiente y con fortuna, imbuido en las ideas liberales que por aquel entonces brotaron en España con juvenil vigor, se echó á aventurero político, como es uso corriente entre los militares del liberalismo. Aprendió las consabidas frases de independencia de la patria, derechos del pueblo, progreso y civilización y al amparo de ellas se juzgó autorizado para ser un traidor al país á cuyo servicio estaba y ponerle en la pendiente del abismo en que hoy yace como cuerpo corrompido arrojado al fondo de los mares. ¿Cuántos *Itúrbides* ha dado de sí el liberalismo!

Itúrbide, para hacer la revolución, se aprovechó del descontento general que habían causado en las clases conservadoras de Méjico las reformas hechas en España en sentido liberal por culpa de otro general traidor, del inolvidable Riego. También D. Juan Prim ha explotado el desamor de los españoles á doña Isabel II y á su carcomido trono. Sin esto, D. Juan Prim seguiría hoy en la emigración de donde jamás debía haber vuelto.

Itúrbide en el plan de Iguala prometió levantar una monarquía constitucional conservadora poniendo por rey á un individuo de la casa de Borbon española. También parece que D. Juan Prim convino en proclamar al individuo Montpensier en sustitución á doña Isabel II. *Itúrbide* desvió la revolución de su objeto primitivo, prescindió de los conservadores que le habían ayudado en su empresa y se echó en brazos de los que el Sr. Navarro llama *cabezas rebondas*, los cuales, entusiastas del general, no se contentaban con menos que con hacerle rey, emperador ó Preste Juan.—También Prim, al decir de los unionistas, ha desviado la revolución de su primitivo objeto, ha prescindió de los que le dieron realmente el triunfo y se ha echado en brazos de los progresistas, esto es, de las *cabezas rebondas* entusiastas del general, que tampoco se contentan con menos que con hacerle emperador ó Preste Juan, para lo cual sólo le falta el Preste.

Desnaturalizada por *Itúrbide* la revolución, como aseguran los unionistas que la ha desnaturalizado Prim, pensó aquel traidor en utilizarla para sí propio; pensó en proclamarse rey. ¿Qué hizo para esto? Lo mismo que Prim: hacerse dueño del ejército, es decir, prodigar gracias para hacerse dueño del ejército. Oigamos al Sr. Navarro. «*Itúrbide* creyó que dispensando

con escandalosa prodigalidad grandes mercedes al ejército, podía prescindir de todo y de todos, error muy común en los hombres políticos que salen de los campos de batalla. No hay nada que más pronto falte á los Gobiernos que el ejército, porque sufre la influencia, porque responde á las palpitaciones de la opinión, y allí en donde por desgracia el ejército es elemento político activo, el ejército va y viene de la revolución á la reacción, y de la reacción á la revolución con las oleadas del espíritu público, mucho más cuando la reacción y la revolución tienen siempre para el ejército medios positivos y sus primeros favoreces.»

Esto, que el Sr. Navarro dice, no lo dice por *Itúrbide*, el cual no há menester ya de semejantes reflexiones, sino por D. Juan Prim que tal vez las necesite más de lo que él mismo se figura. Y de tal modo le convienen que el Sr. Navarro recuerda, como de pasada, en una nota, al dar cuenta del estado del ejército cuando *Itúrbide*, ya generalísimo, lo reorganizó, el número considerable de jefes y oficiales que hay en nuestro ejército, para reorganizar el cual ha colocado y ascendido D. Juan Prim, como *Itúrbide*, á todos sus amigos, allegados y cómplices.

Para que sea mayor la semejanza entre uno y otro personaje, advertimos que *Itúrbide*, según nos asegura el Sr. Navarro, era algo cómico y aparatoso, cualidades que muchos han notado también en D. Juan Prim.

Mas si la semejanza de los personajes es tan grande, es todavía mayor la de entrambas revoluciones: porque al fin entre el conde de Reus y D. Agustín *Itúrbide* se advierten todavía bastantes diferencias, como la del entendimiento, que en este brilla más que en aquel, y como la de fijeza en un plan que lo tuvo constantemente *Itúrbide*, y D. Juan Prim no la tendrá jamás por falta de cabeza y de corazón. La semejanza de entrambas revoluciones es casi completa. Nacidas fueron de una coalición de conservadores y antiguos revoltosos liberales; desviadas fueron de su primer objeto: infecundas ambas, y antes bien perjudiciales para la Hacienda, para el ejército y para todas las fuerzas vivas del país: ambas dieron vida á los republicanos que antes no la tenían; y si la de España no ha llegado todavía á coronar á un *Itúrbide*, tampoco lo ha hecho imposible.

Remember! dice el Sr. Navarro al concluir de trazar su cuadro histórico. Esto mismo decimos nosotros al Sr. Navarro y con él á todos los liberales: acordaos y aprended. Una revolución más estúpida que malvada ha hecho de Méjico un país desacreditado, que empezó por perder parte de su territorio y ha concluido por perder completamente lo último que debe perder un país: la respetabilidad y la honra. La revolución de Setiembre, también más estúpida que malvada, puede hacer de España el Méjico de Europa.

No es otro el camino que llevamos. Aprended, pues, liberales de buena fé en ese grande y doloroso ejemplo. Y cuenta que en el punto á que hemos llegado no hay más sino ó volver los ojos á un sistema que acabe para siempre con el canallismo en todas las clases de la sociedad, y este sistema es el nuestro, ó seguir adelante para llegar por el camino de los *Itúrbides* y Maximilianos á la vergonzosa dictadura de los Juárez.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la Agencia Fabra.)

PARIS, (á las 12).—El nombramiento del nuevo ministerio ha sido bien acogido por la opinión pública.

Los Sres. Chevandier, Buffet y Segrís, pertenecen al centro de la derecha, y el Sr. Darú, conocido por sus antiguas opiniones orleanistas formaba parte del centro izquierdo del Cuerpo legislativo.

Dicho ministerio, según los rumores que circulaban, tendrá el apoyo de los periódicos *La Liberté*, *La France*, *La Patrie*, *El Constitutionnel*.

LONDRES, 3.—La mayoría del Parlamento celebrará una reunión para examinar la cuestión de saber si deberá aprobar la elección del *Pennam* Rosse; pero asegúrase que esta elección será anulada.

ROMA, 2.—*El Observador romano*, califica de inexacta una correspondencia publicada últimamente por el periódico *El Univers* de Paris, atribuyendo á Pío IX la manifestación de opiniones favorables á la infalibilidad del Papa.

L'Univers, publica una carta de Roma de la que traducimos los siguientes párrafos:

«Háblase mucho, en un lenguaje tomado del estilo parlamentario, de mayoría y minoría en el Concilio, y para apreciar con seguridad las cosas es necesario rechazar este lenguaje. No existe minoría en el Concilio; sino solo algunas excepciones que por su misma naturaleza entrarán en la unanimidad. Aunque se supongan las diferencias de que hablan los periódicos revolucionarios y la *Agencia Habas*, órgano oficioso del gobierno francés, hay tales ejemplos de magnanimidad y sumisión entre los prelados, que el contario de estos ejemplos es inevitable. Juzgese sino. Cuando se trataba de escoger candidatos para la comisión *De Fide* entre los prelados españoles; tomados juntos se presentaron en casa del cardenal Moreno, y le dijeron con admirable sencillez: «No tenemos ninguna pretensión que hacer valer; escoga V. Emma, misma á los que crea más capaces de servir á la fé: solo deseamos que

sean los más dignos y que no se propongan más que dos.»

Ciertamente este es un lenguaje á la vez noble y humilde. Digámoslo muy alto: los Obispos españoles son hombres superiores que darán en el Concilio pruebas de erudición profunda. Han conservado las tradiciones teológicas de la Edad Media, y sabrán aplicarlas á los tiempos actuales.

Entre los italianos tres Cardenales. Sus Eminencias los Sres. Riario Sforza, por los napolitanos; Corsi, por los toscanos, y De Angeles, por los pontificios, tienen toda su confianza, y á ellos se entregan, diciéndoles: «lo que hagais estará bien hecho siempre que el Papa sea exaltado, porque la salvación de la sociedad está en su supremacía, claramente confesada y promulgada.»

Así se ve este sentimiento de la exaltación del Papa y de la sumisión ó unión, con lo que se cree su pensamiento, manifestarse en los votos de la casi unanimidad de los Padres.

El primer elegido para la comisión *De Fide* que se sabía representaba los sentimientos de esta unanimidad con una altura incontestable de doctrina, ha sido el docto Arzobispo de Zaragoza, Sr. Gil, del orden de los dominicos. En la elección de la comisión *De Disciplina* se manifestaron los mismos sentimientos.

Su Santidad recibe todos los días, no solo á los Obispos, sino á grandes grupos de Sacerdotes y fieles, y su lenguaje, siempre lleno de gracia y de una dulzura que sabe unir á la firmeza, causa viva impresión en los que le escuchan. Pío IX insiste particularmente en estos momentos en la necesidad de orar.»

La *agencia Habas* dice en una correspondencia de Roma que aunque parece que los Gobiernos no hacen caso del Concilio, se fijan en su marcha con ojos atentos é investigadores. Nunca los enviados diplomáticos de todos los países comprendiendo á los de Inglaterra y Rusia, han expedido y recibido tantos correos y despachos cifrados.

Ninguno quiere influir, porque no pueden, en los Obispos de sus países; pero todos, y especialmente los de Austria, España, Baviera y Portugal tienen instrucciones para aconsejar en cierto sentido á los Obispos que los consulten. Parecemos que no ha de haber ninguno que vaya á pedir consejo á los diplomáticos.

El Papa recibió el 23 una diputación encargada de entregarle á nombre de los lioneses unos magníficos trajes sacerdotales, fabricados en Lyon. Pío IX prometió celebrar con ellos la misa de Navidad.

El Sr. Blanchon, secretario de la diputación, leyó una felicitación al Papa, y el barón de Chauvandier entregó á Su Santidad 50,000 francos recogidos del dinero de San Pedro.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 4 DE ENERO DE 1870.

ASTUCIA UNIONISTA.

No en vano los unionistas tienen fama de astutos, así como los progresistas gozan general concepto de demasiado cándidos y algo más. ¡Qué políticos los progresistas! ¡Qué poco previsores y qué atolondrados!

Sin más propósito que satisfacer cuanto antes su apetito desordenado de disponer, como dueños absolutos, del presupuesto, y ansiosos de convencer al país de que son capaces de gobernar ellos por sí solos, no se contentaron con haber obtenido los puestos más importantes del ministerio y haber traído, mediante la influencia que desde los mismos ejercieron, una mayoría numerosa á las Cortes Constituyentes. En lugar de aprovecharse de estas ventajas y esplotarlas hábilmente para la constitución definitiva del país, los progresistas se olvidaron del día de mañana y sólo pensaron en lo presente.

Tan pronto como se reunieron las Cortes y se nombró el regente, empezó la prensa progresista á combatir rudamente el ministerio de conciliación, á dirigir alfilerazos á los ministros unionistas á pretexto de que eran reaccionarios, y á hablar de la necesidad de una modificación que diese unidad al ministerio. Los unionistas, que comprendieron desde luego el propósito de sus aliados, lejos de oponerles obstáculos acordaron favorecerle con el estudiado fin de que los hombres del progreso se precipitasen y demostrasen su impotencia, y atragesen sobre sí el descontento del país y por último el ridículo.

Ponderando su patriotismo y aparentando una sinceridad capaz de engañar al más suspicaz, la union liberal empezó á hablar de la necesidad de poner término á la interinidad de cualquier modo que fuera, y de resolver cuanto antes la cuestión de monarca. En los pasillos del Congreso, en los llamados círculos políticos, en los cafés y en los periódicos, no hablaban de otra cosa; encarecían el malestar del país, exageraban los peligros de la situación y hacían consistir el remedio en elegir un monarca, pero con la firme decisión de dejar la iniciativa á los progresistas.

Cayeron estos buenos señores en el lazo y orgullosos como estaban con su imaginario poder, creyeron que ellos se bastaban

para coronar á su gusto el edificio revolucionario. Y no se anduvieron en chiquitas, de la noche á la mañana plantean la cuestión de monarca y proponen para rey de España, de la manera que todos sabemos, al duque de Génova. Esto es lo que querían los unionistas.

A pretexto de que había diversidad de opiniones entre los unionistas respecto á la cuestión de candidatos para el trono y conviniendo con los progresistas en que era necesario la unidad en el Gabinete, cedieron gustosos los puestos que en este tenían para hacer más desembarazadamente la oposición al candidato de los progresistas.

¡Cuán diferente hubiera sido la situación de estos si hubieran procedido con un poco más de cautela! Si en lugar de tomar ellos la iniciativa en la cuestión de monarca hubieran dejado que los unionistas la tomaran y propusieran á su candidato, cuya impopularidad excede con mucho á la del duque de Génova, hoy estarían trocados los papeles. Si los progresistas se hubieran limitado á sacar todo el partido que podían de su mayoría en las Cortes y de la opinión general del país en contra del duque de Montpensier, habiendo dejado á los unionistas que tomaran la iniciativa en la cuestión de monarca, hoy la candidatura de Montpensier estaría tan muerta como la del duque de Génova, y no habría manera de resucitarla, ni en las Cortes ni fuera de ellas.

En ese caso, hoy los progresistas tendrían derecho á decir á los unionistas: «Ya habéis demostrado vuestra impotencia para resolver la cuestión de monarca, dejadnos ahora á nosotros que probemos si tenemos más acierto y más fuerza que vosotros; dejad integro en nuestras manos el poder.» Hoy sí que con más razón que antes podían decir los progresistas que era menester formar un Gabinete homogéneo, y los unionistas no hubieran tenido fuerza para impedir su constitución.

No sabemos si los progresistas han comprendido á estas horas cuál es su verdadera situación creada por la astucia de los unionistas, pero más principalmente por la torpeza de los mismos progresistas; por la ambición y el exclusivismo de los santones viejos y de los santoncillos modernos.

De cuándo en cuándo algunos periódicos progresistas suelen lamentarse del santonismo como de una de las mayores calamidades á que está sujeto su partido; y en verdad que tienen razón. Nunca más que ahora pueden repetir con justicia sus quejas contra los santones. Ellos con sus rivalidades, con sus envidias y con su orgullo, son los que han colocado al partido progresista en el mal trance en que se encuentra; ellos son los que le han entregado atado de piés y manos á los unionistas, relegando al olvido el candidato natural de ese partido, el único compatible con la revolución de Setiembre, el único capaz de unir las fuerzas principales de la misma.

Si los santones progresistas no se hubieran opuesto á ello con una ingratitud que no tiene nombre, la interinidad se hubiera cerrado con el menor descontento posible elevando al tron al general Espartero. Claro es que nosotros no podemos decir que esa fuera una solución dudadera, ni juzgamos de su conveniencia desde nuestro punto de vista: lo que afirmamos, mirando la situación á través del prisma revolucionario, es que el entronizamiento del duque de la Victoria era la solución más conciliadora que podía encontrarse, la única viable, y aun añadiremos, porque no nos duelen prendas, que por lo mismo que sería la conciliación más conciliadora de los diferentes elementos revolucionarios, sería también la que más resistencia opondría á nuestras aspiraciones. Hoy podemos decirlo sin inconveniente alguno, por lo mismo que afortunadamente esa solución está más lejos que nunca.

Críticas son por demás las circunstancias en que se encuentran los progresistas. Sin saber lo que se hacían secundaron los deseos que tenían los unionistas de romper la conciliación, y se quedaron solos luchando contra la opinión general del país, contra los republicanos y contra los mismos unionistas para sostener la candidatura del duque de Génova. Fracasó esta candidatura y ahora los unionistas quieren á todo trance la conciliación, porque comprenden que ellos por sí solos de ninguna manera pueden ni presentar siquiera la candidatura del duque de Montpensier. Y allí lo veremos; los progresistas serán tan *francos* que aceptarán la

conciliación y contribuirán á dar fuerza á los montpensieristas.

Confíen los progresistas en la fuerza que tienen en las Cortes, confíen en su mayoría numérica y préstense á apoyar á un ministerio de conciliación, no estará lejano el día en que se arrepientan y vuelvan á tener que lamentarse del santonismo y de otra cosa peor. Si nos fuera lícito proponerlos á dar siquiera un consejo á los progresistas, les diríamos que no fijaran demasiado la vista en las Cortes y que atenderían un poco más á lo que puede ocurrir á pesar de las Cortes.

Locos de contento los unionistas por el fracaso de la candidatura de Génova, no tratan hoy de disimular las esperanzas que abrigan del próximo triunfo de Montpensier. Tratan de hacer entender que la derrota sufrida por el ministerio es única y exclusivamente de los progresistas, y no alcanzan que para el pueblo quien ha salido derrotado es la revolución, llámese como se quiera, y todos los que, con este ó el otro nombre, han tomado parte en ella.

La ignominia que trae consigo el desaire hecho por la duquesa de Génova al ministerio de Prim, no cae solo sobre el ministerio, cae sobre la España revolucionaria en general que nos ha puesto en caso semejante, y cae, por otra parte, sobre la misma España no revolucionaria que ha hecho posibles tales y tan vergonzosos escándalos.

Pero lo más irritante en este asunto es la conducta adoptada por los unionistas en tan tristes momentos. Parecía natural que, en vista del fracaso de la candidatura de Génova, los unionistas habían de separarse más del ministerio para no ser partícipes de la vergüenza que deben estar sufriendo los progresistas. Parecía natural que, ya que á estos los hacen únicos responsables, los dejaran aislados con el baldón que llevan encima. Pues nada de esto: los unionistas salen hoy gritando conciliación, prudencia y calma para resolver la grave crisis que ha empezado. ¡Conciliación! Parece mentira que se haya perdido de tal manera hasta la idea del decoro. Pues, desventurados unionistas, ¿no habéis roto la conciliación por no apoyar á vuestros aliados en la cuestión de candidato para el trono? ¿A qué la pedís ahora? ¿A fin de que os ayuden á traer á Montpensier los mismos genobobos, como vosotros les llamábais, á quienes habéis combatido rudamente con todo género de armas? Pues sabed que esto es una indignidad por parte vuestra, como sería indignidad por parte de los progresistas prestarse á secundar vuestros maquiavélicos planes. Es de esperar que estos no caerán en la celada que se les tiende. Tontos han sido siempre y, por su desgracia, tontos continúan; pero si ahora fuesen engañados su tontería llegaría ya á la meta de lo increíble.

Prudencia y calma recomiendan también los unionistas. ¿Para qué? ¿Para tener tiempo de atar todos los cabos de la intriga y sorprender al país con un nuevo cincuenta y seis? Esto es lo que todo el mundo sospecha, y esto es lo probable. Por eso, ocultando malamente su íntima satisfacción, recomiendan la calma y promueven la unión de todos los elementos revolucionarios. Claro: como que el único candidato que está en pie es el Orleans, y la unión de los elementos liberales no podría tener más base que el orleanismo.

¡Hipócritas! ¡siempre hipócritas los vicalvareños! ¡Cándidos! ¡Siempre cándidos los progresistas! Tengan estos ojo avizor con el ministerio de conciliación que se trata de formar. Nosotros podemos juzgar imparcialmente, porque no nos ciegan los vapores del salón de conferencias, colocados como estamos en un terreno neutral respecto de los partidos revolucionarios. Pues nuestra imparcialidad ve grandísimos peligros para los progresistas si se avienen á las exigencias de la unión liberal. Si se sienten débiles, soliciten el apoyo de los republicanos, con el cual podrán hacer frente á todas las intrigas como á todas las amenazas de los unionistas.

Este es un consejo de enemigo; mas tengan en cuenta el refrán castellano: del enemigo el consejo.

Nuestros lectores saben ya que el fracaso de la candidatura del duque de Génova es un hecho confesado por los diarios ministeriales desde anteaer tarde. Cómo se ha hecho público el fracaso que ya todo el mundo presentía, nos lo dijeron anoche varios periódicos, repitiendo lo que se susurraba hacia dos días entre los noticieros políticos. Parece ser que el Sr. Olózaga ha hecho saber al Gobierno que la opinión general de las personas imparciales en el extranjero está por la pronta terminación de la interinidad en España, y el Gobierno español, deferente siempre con las personas imparciales del extranjero, y movido por las manifestaciones del Sr. Olózaga, telegrafió inmediatamente al Sr. Montemar, diciéndole que necesitaba en seguida una contestación terminante y categórica de la familia del duque de Génova. La respuesta del Sr. Montemar fué el telegrama de negativa rotunda de que ayer dimos cuenta. De resultas de ese telegrama que ya no

había para qué ocultar, se reunió el Consejo de ministros bajo la presidencia del general Prim, y considerando que no estaba bien que siguiera en su puesto un ministerio cuyo objeto había sido el sostenimiento de la candidatura fracasada, acordó presentar la dimisión al regente del reino.

El regente recibió las dimisiones de sus ministros, y se tomó tiempo para resolver en su alta sabiduría lo más acertado. Qué es lo que S. A. creará más acertado nos lo dirá el tiempo; por ahora solo diremos nosotros que los unionistas quieren á todo trance un ministerio de conciliación que se ponga al servicio de su adorado Montpensier; pero los progresistas, comprendiendo el juego, no parecen muy dispuestos á reconciliarse.

En tal situación, se desea naturalmente saber cómo discurren unos y otros, y para satisfacer la curiosidad de nuestros lectores vamos á recorrer los periódicos principales, y entresacar lo más notable que acerca de este asunto contengan.

El *Diario Español* escribe ayer un artículo lleno de mansedumbre, titulado *Seamos unos*, en el cual aboga calurosamente por la unión de los partidos revolucionarios. El epílogo de ese artículo es el siguiente:

«Si el Sr. Olózaga, volviendo á lo que decíamos, y de cuya cuestión nos hemos apartado un momento involuntariamente, si el Sr. Olózaga trae la noble aspiración de que la fe jurada entre los partidos liberales no se quebrante, y de que todos ellos aúnen sus esfuerzos para llegar al triunfo definitivo de la revolución, seguros estamos de que en su tarea pocos serán los que no quieran ayudarle, pocos, poquísimos los que no quieran contribuir á la gran obra de nuestra reconciliación. Pensemos todos en ella, pensemos en que todos somos unos, en que no podemos dejar de serlo sin destruirnos, sin lo que es más, sin deshonrarnos, y pensemos en que no hay más que un abismo capaz de separar por siempre el edificio de nuestras libertades: el abismo único que nuestras divergencias, nuestros antagonismos comienzan ya á abrir, y que hay á todo trance que cerrar.»

¡Qué dulzura y qué amor rebosan las líneas precedentes! Pues ahora vean nuestros lectores qué sensibilidad patriótica tiene *El Diario Español*. Hablando en un suelto del fracaso de la candidatura del duque de Génova y de lo que acerca de ese suceso ha contado *El Imparcial*, dice lo siguiente:

«La impresión que nos ha producido la explícita declaración de *El Imparcial*, no ha sido como pudiera presumirse de alegría al ver fracasada una solución que siempre combatimos. Mas alto que la voz de nuestra vanidad satisfecha, ha hablado en nuestro interior la voz del patriotismo, para dolerse de que segunda vez en el curso de un año se haya dado motivo á que la dignidad de España, que tanto debemos apreciar, haya recibido de gentes extrañas tan ostensible prueba de menosprecio. Duélenos esto, en primer lugar, y en segundo, nos duele el tiempo perdido que es imposible recobrar.»

«¿Quién no se enternecerá al ver cuánto le ha afectado á *El Diario Español* el menosprecio de lo que llama dignidad de España y no debería llamar á lo sumo más que dignidad revolucionaria? ¿No habrá consuelo para el órgano vicalvarista? Si lo hay. Oigamos al mismo interesado.»

«Sin embargo, algún consuelo nos proporciona en medio de todo, el ver que los hombres de la situación vuelven los ojos hacia una idea salvadora que nunca debieron perder de vista, la de estrechar los vínculos de la conciliación liberal, en la que deben figurar todos los elementos que han trabajado por la causa revolucionaria.»

Hasta aquí la sinfonia, ahora se levanta el telón:

«Segun se dice, (habla *El Diario Español*) la idea predominante en el mayor número de los personajes de la situación, es la de que se constituya un ministerio de conciliación, y se revista á la regencia del señor duque de la Torre con las atribuciones de la monarquía. La realización de este pensamiento encuentra algunas dificultades. ¿Cuánto más valdría que volviéndose los ojos al candidato natural de la revolución, se dijera por terminado el período constituyente, llegándose de una vez al fin del camino que debemos recorrer! De todos modos, nosotros repetimos lo que manifestamos en nuestro artículo «Unámonos todos, seamos todos unos» porque es la única manera de que el hecho revolucionario triunfe y se consolide.»

El Diario Español nos recuerda á aquella viuda que interrumpiendo el llanto producido por la muerte de su esposo, se vuelve á su amiga y la dice: «¿Sabes, chica, que estoy pensando en que Fulano podía convenirme?»

Todos los periódicos montpensieristas hablan poco más ó ménos el mismo lenguaje que *El Diario Español*. Todos se dirigen con el mayor afecto á los partidos monárquico-liberales encareciéndoles la necesidad de la conciliación.

Oigamos á *La Política*:

«Deponed, pues, todo recelo, hermanos nuestros en la revolución. El candidato que hemos defendido antes que vosotros puede ser vuestro candidato sin inconveniente alguno para las nobles aspiraciones políticas que alimentáis. Ahí tenéis su bandera: tremolada, que no es la bandera de ningún partido; que es la bandera de Setiembre, la que quisiera tener bajo su sombra á progresistas y demócratas y se apresuró á convocarlos á las aguas de Cádiz; tremolada solos si queréis, que á nosotros nos bastará la felicidad de la patria aunque se nos reduzca al papel de espectadores del reinado á que habremos contribuido; tremolada, sí, desde lo alto del alcázar de las nuevas instituciones que todos hemos jurado, y con tal que, por acaso, el César francés, el gran enemigo de la candidatura de D. Antonio de Orleans, fuese osado á interponer el veto que teméis, correremos á vuestro lado á luchar unidos á vosotros y á toda la nación por la independencia política de la patria.»

¡Qué buenas cosas podría contestar *La Iberia* al párrafo precedente!

«Hermanos nuestros, podría decir, ya os conocemos. Vosotros; sois los que nos tomáis-

teis por pedestal para vuestro engrandecimiento en 1854, para darnos un puntapié en 1856. Ahora queréis repetir la función: os entendemos, hermanos nuestros. Apuntrad todos los argumentos queiréis hacer popular á vuestro duque, diciendo que le combate el César francés. ¡Buena estaría que riéramos con un francés por entronizar á otro francés! Os conocemos, hermanos nuestros.»

También *La Opinión Nacional*, diario montpensierista, aboga por la conciliación, sin la cual dice que ninguna de las fracciones puede resolver la cuestión monárquica. El mencionado periódico, saliendo al encuentro de los que proponen como medio de conjurar el conflicto que continúe la regencia de Serrano revistiéndola de todas las atribuciones que marca la Constitución, dice que la continuación de la regencia sería «la declaración de impotencia de esta situación, de las Cortes y de los revolucionarios de Setiembre para resolver la cuestión monárquica.»

La Correspondencia se complace en decir en varios sueltos que todos los hombres importantes están conformes en que la crisis debe resolverse con mucha calma y mucha prudencia. ¡No estaba mala la calma que ayer tarde reinaba en el salón de conferencias y en los pasillos del Congreso!

Las Novedades, diario progresista montpensierista, opina que no debe haber modificación ministerial, pero de salir algunos ministros, cree que deben salir todos, incluso el general Prim. Esto último, que es lo que aconsejan los principios constitucionales, en boca de *Las Novedades* significa que D. Juan Prim no es todavía montpensierista. Los argumentos que han convencido á *Las Novedades*, no han bastado, segun parece, para determinar el ánimo del marqués de los Castillejos á defender la candidatura del Orleans.

Pero vean ahora nuestros lectores cómo piensan los periódicos progresistas acerca de la conciliación:

«La coalición, dice *El Universal*, entre partidos que profesan doctrinas y abrigan aspiraciones, no solo diversas, sino opuestas y contrarias, es absurda, es imposible; si por una hipótesis imaginaria diésemos por supuesta tal coalición, sería seria inconveniente y funesta, tanto para el país como para los mismos partidos que por medio de una monstruosa y repugnante amalgama habían entrado en ella sacrificando lo que sin suicidarse y envilecerse no puede sacrificar jamás ningún partido.»

«Si la necesidad de salvar la revolución y asegurar la libertad y el orden exige el concurso de varios partidos, á esta obra no pueden concurrir más que aquellos que estén conformes en los principios, que caminen á un mismo objeto y que no se embaracen y se destruyan mutuamente.»

Y en otro lugar, después de repetir poco más ó ménos lo dicho en las líneas precedentes, añade:

«Antes que las consideraciones de partido, sabe muy bien el general Prim que están los intereses de la revolución y de la libertad. Antes que los compromisos de partido y las componendas y caballos políticos, están el honor propio y la dignidad política.»

Y por si esto no basta, dice en otra parte:

«Se cree la unión liberal aceptable en un ministerio genuinamente revolucionario, cuando no ha sabido hacer, mientras en él estuvo, otra cosa que una resistencia asaz persistente, tenaz, contra todo lo que fuera aquí innovador y reformista.»

«Cree la unión liberal que el país ha olvidado sus resistencias á la reforma del Clero y su deseo de reglamentar sóbriamente la Constitución votada y sancionada que nos rigió? Cree la unión liberal que el país ha olvidado los discursos de Cánovas, los anatemas embuzados que Bugallán ha lanzado á la situación existente, la resistencia del Sr. Elduayen á la célebre información parlamentaria dirigida contra el robo de las alhajas hecho por la familia borbónica?»

La Independencia Española, después de indicar que la conciliación se ha roto antes de ahora por los unionistas, dice que no la combatirá, ni la aplaudirá; pero que es preciso no olvidar que las conciliaciones para ciertos hombres significan lo que indica aquel cantar que concluye así:—que lo tuyo ha de ser mio—y lo mio tuyo no.

El Certamen combate con bastante energía la conciliación, entre otras cosas, porque teme que, presentando los unionistas un candidato que no acepten los radicales, la segunda alianza sería más desleal que la primera.

«Si la crisis, dice, se motiva para que los unionistas vuelvan al gabinete, en señal de reconciliación, todo se habrá perdido.»

«Los intereses de camarilla volverán á ser, ó mejor dicho, continuará siendo objeto de preferente atención para los políticos de esa malhadada alianza, y las fuerzas del país seguirán consumiéndose por el abandono en que yace.»

«Somos más patrióticos. Si la unión liberal pretende el poder, si el partido radical se considera impotente para constituir la nación, vengán los unionistas al mando, pero solos; atéjanse los radicales de los puestos que ocupan, y nuevos hombres, echando sobre sí la grave carga á que aspiran, sean los responsables ante el pueblo de las futuras situaciones que hayamos de atravesar.»

Un poco peligroso para los progresistas nos parece que sería el rasgo de patriotismo que propone *El Certamen*.

La Iberia es de todos los periódicos progresistas el que ha procedido con más cautela en la ocasión presente. Después de decir que donde esté el general Prim están la revolución y la libertad, pero que los hombres que le acompañan en el ministerio pueden no merecer igual confianza al diario progresista, añade:

«Aguardamos á que se indique la nueva política, y si corresponde al programa revolu-

rio y á los principios sostenidos por nuestro partido; si realiza las aspiraciones del país; si mira al bien de la patria, concurremos con nuestras escasas fuerzas á la obra regeneradora.»

«Pero si lo contrario sucediese, nosotros, que ante las ideas y los principios sabemos prescindir de nombres y procedencias, nos colocaremos resueltamente á favor del pueblo y de la revolución, y contra todo lo que á sus altos intereses y sagrados derechos pueda perjudicar.»

Este es el mejor modo de no comprometerse.

Los periódicos democráticos imitan la conducta de *La Iberia*. *Las Cortes* se limita á decir que tiene confianza en que el general Prim, inspirándose en la opinión pública, resolverá la crisis como mejor convenga á la revolución y á la patria. *El Imparcial*, para no caer en la tentación de decir lo que piensa acerca de la crisis, se entretiene en discurrir sobre *ilusiones borbónicas*, y habla de alfonsinos y carlistas como suele hablar *El Imparcial*.

Entre los periódicos no unionistas ni progresistas, debemos mencionar á *La Epoca* y á *El Conservador*.

La Epoca, haciéndose la generosa y diciendo que no quiere recordar las torpezas de la revolución, ni amargar el estado en que debe encontrarse el Gobierno, aprovecha el fracaso de la candidatura del duque de Génova para herir hondamente al ministerio y sobre todo al presidente del Consejo.

Segun *La Epoca*, la crisis que ha comenzado debía resolverse, si el sistema parlamentario estuviese en vigor, sustituyéndose el actual ministerio por otro de conciliación, pero dejando naturalmente la cartera de Guerra y la presidencia el general Prim, porque nadie tanto como este aceptó la responsabilidad del triunfo ó fracaso de la candidatura Génova. Cree, sin embargo, que el general Prim será el encargado de formar nuevo ministerio, porque ya es sabido que este personaje se ha declarado inamovible é inviolable.

La Epoca dice además que este fracaso ha debilitado mucho al Gobierno, y añade que pronto empezará el general Prim á hacer nuevas gestiones y pesquisas para traer un rey á España.

El Conservador, después de dar cuenta de la crisis y de las combinaciones que por ahí se imaginan, dice lo siguiente:

«¿Qué resultado tendrán estas singulares aunque muy esperadas complicaciones? ¿Quién es capaz de prevenirlas? Aquí, cuando parece que van las cosas en una dirección, suelen tomar otra inesperada.»

«Andando en el negocio tan buena y habilidosa gente, solo una cosa nos atrevemos á presagiar: desgracias.»

Los diarios republicanos se rien sin piedad de los progresistas.

El Pueblo dice que los unionistas hacen tales trabajos de zapa, que se olvidarán sus habilidades desde 1854 hasta el día.

Algo de lo que dice *La Igualdad* merece copiarse. Hé aquí algunas líneas del citado diario federal:

«Resignación, progresistas, cimbríos, resignación! Abrid paso á Montpensier, que si es mal hermano y buen francés, por lo mismo debe ser un monarca complaciente y generoso.—Abridle paso, si así os conviene, perfumadle con el incienso cortesano, que de todas maneras por el camino que transite, con vosotros ó sin vosotros, se dirige al abismo de su perdición.»

«Por esto la crisis tiene un desenlace fatal. La interinidad adelante. Pero la interinidad es una losa pesada; y más pesada mientras más se prolongue, que va cerrando herméticamente el sepulcro de la monarquía.»

El Huracán, diario también federal, se va derecho al bulto, como suele decirse, y concluye su última hora con las siguientes líneas:

«Lo que no tiene duda, es que la situación es gravísima, y creemos que los acontecimientos previstos y por nosotros anunciados, se precipitan.»

«Que nuestros correligionarios los aguarden prevenidos.»

Suponemos que no serán solos los republicanos los que aprovecharán el consejo de *El Huracán*.

Ayer anunciaban los periódicos la venida á Madrid del duque de Montpensier. A toda persona sensata se le ocurrió hacer la siguiente pregunta: ¿habrán perdido los unionistas el sentido común? Porque á decir verdad, la venida del duque de Montpensier á Madrid sería un paso digno del patrocino de los progresistas. ¿Qué venía á hacer aquí el cuñado de doña Isabel de Borbon? Amigo de los revolucionarios y candidato al trono que ocupó su hermana, el duque de Montpensier es la figura política más repugnante á los ojos del pueblo español; y porque nada falta al buen Orleans, su intempestiva venida á los quijotescos campos de la Mancha cuando ocurrieron los desórdenes de Cádiz, le hizo aparecer tan ridículo como antipático era.

Lo mejor que, en nuestro caritativo sentir, podía hacer D. Antonio de Orleans, era marcharse de esta noble tierra, ó á lo más, vivir callada y modestamente en un rincón. Pero ¿guerreros meter en Madrid, y en estas circunstancias? Francamente, se necesita toda la poca vista de los Orleans para pensar siquiera en semejante cosa; se necesita estar completamente ciego.

«No ven el duque de Montpensier y sus amigos, que la llegada del primero á Madrid en los momentos en que fracasó la candidatura Génova haría creer al pueblo que el duque de Montpensier, olvidada ya toda consideración, venía á pretender en

persona la corona de España? ¿no saben que si todo extranjero, y más aun todo francés halla en este sentido antipatía invencible en el corazón de los españoles, en el duque de Montpensier concurren circunstancias especiales que aumentan esta antipatía y producen indignación y vergüenza?»

«¡Atrás, señor duque de Montpensier! Las tradiciones de la noble y caballerosa familia de Orleans, renovadas por el hijo de Luis Felipe y nieto de Felipe Igualdad, modelos de parientes y de leales, están muy frescas en la memoria del pueblo español.»

«¿A qué venía á Madrid, repetimos, el mal aconsejado duque? Comprendiendo toda la imprudencia de este paso, sus amigos, segun se asegura, le han enviado un telegrama para que no venga. Sábio aviso por cierto.»

Un finchado personaje de la situación decía ayer, segun cuenta la crónica, en el salón de conferencias. «A mí no me derriba nadie, como no sea un rayo del cielo; y rayos caen pocos.»

El Huracán, desencadenándose hoy contra la situación, que llama criminal, hija del atropello, de la arbitrariedad y de la fuerza, amenaza con *barrerla* completamente.

Hé aquí cómo pueden caer *barridos* los que se creen invulnerables.

Escriben de Santiago á *La Epoca* que el magnífico hospital de aquella ciudad construido y dotado con largueza por los reyes católicos D. Fernando y doña Isabel, habrá sido cerrado á estas fechas por falta de recursos.

Era aquel piadoso establecimiento el refugio de todos los pobres de las cuatro provincias gallegas, y á su sostenimiento concurrían las diputaciones de las mismas desde que Gobiernos arbitrarios é inmorales, políticamente hablando, dispusieron de sus bienes como de cosa propia.

Hoy las diputaciones no pueden proporcionar recursos, ni el Gobierno le paga los intereses del papel mojado que se le dió á cambio de magníficas fincas, y el resultado es que mientras en Madrid se derrocha sin piedad miles y miles en comidas, sarnas y francachelas, los pobres no tienen cama donde pasar una enfermedad y se ven obligados á echarse á morir en un muladar, como se hace en algunas comarcas con las bestias inútiles é enfermas.

Esto clama al cielo, señores revolucionarios, esto clama al cielo.

Un periódico republicano protesta contra los «maños, coacciones, atropellos y arbitrariedades que cometen los agentes del Gobierno con motivo de las elecciones de ayuntamientos y diputados que han de verificarse,» y después de decir que los electores de Cádiz han tenido que protestar enérgicamente contra los escandalosos abusos de que han sido víctima, endilga unas cuantas andanadas al Gobierno y exclama:

«¡Y luego nos hacen cargos por qué proclamamos el derecho de insurrección!»

«Pues no faltaba más! ¿En qué país vivimos?»

El anuncio de la venida del duque de Montpensier, ha causado la misma impresión en todas partes: hé aquí lo que dice un periódico progresista:

«Con motivo de la anunciada venida á Madrid del duque de Montpensier, han circulado por Madrid voces graves. Se dice que se trata de hacer una manifestación contra su presencia en esta capital.»

«Confiamos en que el referido duque no tendrá valor bastante para soliviantar las pasiones políticas, sabiendo que el pueblo de Madrid es opuesto á su candidatura.»

«A última hora hemos sabido que el señor duque de Montpensier ha desistido de su viaje á Madrid y que permanece en Sevilla siguiendo los prudentes consejos que desde esta capital le han enviado sus partidarios.»

El mismo periódico dice que se teme que la noticia de la llegada á Madrid del duque de Montpensier, aunque ha resultado falsa, produzca graves desórdenes.

Y solo para que nuestros lectores sepan cómo se habla de este buen señor, trascríbimos las siguientes líneas de *La Igualdad*:

«Hé aquí una frase de un ilustre y querido orador pronunciada anoche en el club del Congreso y que está destinada á hacerse célebre:

«Al hijo de Luis Felipe, al hijo del rey mercader, al hijo del rey avaro, no se le mata á tiros, se le mata á narrajazos.»

La Agencia Fabra nos comunica el siguiente despacho telegráfico:

«En la última entrevista que han tenido los emperadores con doña Isabel de Borbon, se ha tratado largamente de la situación de España; doña Isabel ha hablado de las negociaciones que había hecho entablar cerca del duque de Montpensier sobre la base de una restauración en la persona del ex-príncipe de Asturias; siendo el duque regente del reino; añadiendo doña Isabel que el duque de Montpensier había rechazado todas las proposiciones que habían hecho sobre este objeto.»

El contenido del anterior despacho podrá ser verdad, mas no lo parece.

Ante todo, en una visita de cumplido como fué la de que se trata, no era regular que se hablase largamente de nada, y ménos de la situación de España. Además es de suponer que á la entrevista no asistiesen más personas que los interesados, y estos no habían de ir á contar á los correspon-

les de Fabra lo que hablaron. Por último, es posible, pero no probable, que doña Isabel haya tenido la abnegación de referir al emperador de Francia un suceso tan ofensivo á su dignidad de reina, aunque reina destrozada.

Esto nos parece tan racional, que si no se trata de una señora que al parecer ha tenido la debilidad de entrar en tratos con un cuñado como el que Dios le ha dado, sin duda para castigo de sus culpas, no vacilaríamos acaso en asegurar la falsedad de la noticia transmitida de Madrid á la Agencia Fabra. De todos modos, la circunstancia de recibirse este despacho precisamente en momentos en que Montpensier necesita de él, para aparecer alejado de los Borbones, le quita gran parte de la autoridad que nos merece la Agencia que acaba de comunicárnoslo.

Anoche reanudó sus sesiones el club del Congreso, con asistencia de varios diputados de la minoría republicana, entre otros los Sres. Castelar, García López y Sorni. El objeto de la sesión, según se desprende de lo que dicen los periódicos republicanos, fué, más que otra cosa, combatir al duque de Montpensier.

El Sr. Castelar habló expresando la necesidad de *extinguir* la candidatura del duque de Montpensier; y no hay que decir que sus palabras eran acogidas por el público con estrepitosos gritos y aplausos.

¡Ah! ¡Lástima que el duque de Montpensier no hubiera estado viendo lo que pasaba!

El Sr. Castelar decía que Montpensier no puede ser rey por el voto de las Cortes, porque los progresistas no le quieren, y no se degradarían hasta darle su voto; no puede venir por plebiscito, porque el pueblo aborrece su candidatura, y no consentirá que un francés reine en la patria de Bailén y del Dos de Mayo, y no puede triunfar por un golpe de Estado, porque el ejército entero no se venderá, y porque Napoleón hallaría medio de oponerse.

En el mismo sentido hablaron los señores Lafuente y García López, asegurando con gran contentamiento del público, que Montpensier no será nunca rey de España. Estamos conformes.

La solución de la crisis no ha adelantado un solo paso durante la noche pasada y el día de hoy.

Parece que á las tres de la tarde se vuelve á reunir el Consejo de ministros. Entretanto se indican, como es costumbre en tales casos, multitud de candidatos para cada ministerio. Hé aquí una de tantas candidaturas:

- Prim, presidencia y Guerra.
 - Olózaga, Estado.
 - Rivero, Gobernación.
 - Topete, Marina.
 - Ríos Rosas, Gracia y Justicia.
 - Rodríguez, Hacienda.
 - Perales, Fomento.
 - Izquierdo, Ultramar.
- Es decir, tres progresistas, tres unionistas y dos demócratas.

El *Imparcial* habla de Silveira para Estado y aun de Calderón Collantes para Gracia y Justicia.

También dice que Topete no quiere entrar en el ministerio, si antes no se decide dar el trono á Montpensier; que los unionistas han resuelto negarse á formar ministerio compuesto de individuos de esta sola fracción; y que el regente está dispuesto á renunciar, si se le considera un obstáculo para la solución de la crisis.

Según *Las Novedades*, el Gobierno ha aplazado por un par de días la resolución de la misma, con el objeto de vencer los obstáculos que se oponen á la conciliación de los tres partidos.

La *Nación*, sin embargo, dice que el aplazamiento es solo hasta las tres de la tarde, después de lo cual añade las líneas siguientes, que podrán no ser ciertas, pero que de seguro expresan los deseos del diario progresista:

«El conde de Reus, encargado de formar Gabinete, ha manifestado que no aceptará un Gobierno que tenga ya prejulgada la cuestión de candidatura al trono, ni permitirá tampoco que la revolución se detenga en su marcha, ni mucho menos que camine en sentido reaccionario; antes bien está decidido á hacer toda clase de esfuerzos para que se consolide y siga avanzando.»

La *Nación*, contradiciéndose hasta cierto punto con su primera afirmación, dice también:

«Los datos con que hoy se cuenta acerca de la negativa del duque de Génova, son todavía muy escasos, y se esperan detalles y explicaciones que puedan aclarar el asunto, en cuyo caso la solución de la crisis actual podrá basarse en fundamentos sólidos, no pudiéndose arriesgar por el momento apreciación alguna, que quizás parecería absurda en las circunstancias actuales.»

Y como los datos acerca de la negativa del duque de Génova tardarán en venir algunos días, y sobre todo, ofrece obstáculos considerables la formación del nuevo Gabinete, de aquí que, juiciosamente pensando, es probable que tengamos crisis para rato.

De Navahermosa escriben á *La Independencia* que los carlistas están envaleantados y que trabajan sin descanso por su causa. Todo lo cual expone *La Independencia* para acabar pidiendo la destitución del juez

de aquel partido, cuya conducta infunde aliento á los carlistas acaso porque no querrá servir de instrumento á pasiones políticas ó resentimientos personales.

¿Cómo es posible que haya en España jueces medianos, viviendo estos señores sujetos al capricho del último periodista?

Dice un periódico que el coste del banquete dado por el Sr. Rivero á los individuos del ayuntamiento de Madrid, ascendió á 60,000 rs. (incluyendo por supuesto los vinos).

Extrañamos mucho que el Sr. Rivero que tanto se interesa por los mozos á quienes cupo la suerte de soldados, no haya destinado á redimirlos esa respetable cantidad, que sacó, por supuesto, de su bolsillo particular en obsequio de sus compañeros de municipio.

No sabemos á quién alude *El Conservador* en las siguientes líneas que hemos leído en su número de anoche:

«Corren rumores de mucha gravedad respecto á cierto incidente que de un momento á otro se debe promover entre los tribunales de justicia y un alto funcionario de la administración revolucionaria.»

El mismo periódico excita al Sr. Ruiz Zorrilla á que persista en la actitud enérgica, que según dicen, ha tomado en el asunto, haciendo que el tribunal correspondiente proceda á lo que haya lugar, dada la certeza del hecho, sin contemplación ni miramiento á la elevada posición de la persona á quien debe exigirse responsabilidad criminal.»

Los periódicos unionistas nos hablan de exposiciones á las Cortes á favor del duque de Montpensier con más de 800,000 firmas. Y en ellas se fundan para pedir el desenlace que el país desea y que la *opinión nacional viene determinando desde un principio.*

¿Para quién escribirán los partidarios de Montpensier? Acaso ignora nadie en España que esas firmas han sido pagadas á real por quien pagó en parte las traiciones de que fué víctima su cara hermana en Setiembre de 1868.

Y ni pagándolas á real pudo reunir más de 800,000 firmas á su favor el candidato de la unión liberal; tanto repugna á nuestra antigua y proverbial hidalguía la conducta del ambicioso y desagradecido duque.

Los unionistas ayer tarde estaban idos. En prueba de ello haremos notar que mientras *La Política* aseguraba que la Bolsa había recibido con una alza de 50 céntimos la noticia del fracaso de la candidatura Génova, *La Correspondencia* se apresuraba á explicar la gran baja de los fondos por el corte del cupón.

El *Huracán* hace hoy á los diarios ministeriales las siguientes preguntas:

«¿Es cierto que en el Congreso actual, á más de gastos de presidencia, hay gastos de presidente?»

«¿Es cierto que la asignación para estos gastos es de seis mil duros, que cobró el que actualmente desempeña este cargo?»

«¿Es cierto que este acuerdo de la comisión de gobierno interior del Congreso se ha tomado ocho ó diez meses después de haberse abierto las Cortes, y que se han pagado los atrasos á contar desde el día en que tuvo lugar la apertura?»

«¿Es cierto que á la sesión en que se tomó este acuerdo asistió el Sr. Becerra siendo ya ministro, y no pudiendo por consiguiente formar parte de la comisión?»

«¿Lo es también que entre los ministros hay algunos que, además de su sueldo como tales, cobran otros por cargos que ejercen en otros establecimientos del estado nacional?»

El *Huracán* termina diciendo que si estos rumores se confirman el país habrá presenciado hechos escandalosos que no tuvieron lugar durante las administraciones Sartorius.

Es cosa particular lo que sucede con los unionistas. Echándoseles de patriotas y trayendo á colación la guerra de la independencia, han sostenido una y otra vez que si Napoleón ú otro monarca extranjero se mezclase en los asuntos de España, ellos serían los primeros en empuñar las armas, si necesario fuera, para rechazar toda intervención que ofendiese la dignidad del país. Por supuesto que para estos caballeros la dignidad del país se defiende defendiendo á un francés tan francés y tan antipático como el Sr. D. Antonio de Orleans.

Pues bien después de estas alharacas de patriotismo y de independencia, es cosa averiguada que los señores unionistas tratan de aprovecharse de la presión que ha ejercido Francia sobre Olózaga y dos naciones más sobre el Gobierno para encarrilar la candidatura de Montpensier por el camino del trono.

Francia, Inglaterra y Prusia son, á lo que parece, las tres potencias que han indicado á España la necesidad de salir cuanto antes del período interino que tanto aliento da á la demagogia de todos los países. Estas indicaciones han venido perfectamente á los unionistas, fracasada la candidatura de Génova, para incitar al Gobierno y á la mayoría de las Cortes á que acepten al duque de Montpensier.

De modo que además de trabajar en favor de un francés, utilizan la presión de Francia y otras potencias para salir de la interinidad. Es decir, que ayer se jactaban de patriotas y españoles porque les convenía, y

sacaban á relucir hasta las coletas de los chulos del año 8; y hoy, echando á un lado el patriotismo, el españolismo y las coletas, se jactan de hábiles y quieren estrujar á sus aliados y comprometerlos con la cooperación de Francia, Inglaterra y Prusia, también porque así les conviene.

¿Cuándo harán algo los unionistas que no sea hijo de las conveniencias personales y del interés de partido? ¿Cuándo serán españoles siquiera?

Dice anoche *La Época* sobre la actual crisis ministerial:

«A última hora circula todo género de rumores y de noticias.»

El duque de Montpensier ha desistido de su viaje á Madrid, al menos por ahora. El *Telégrafo Autógrafo* dice que la casa de Orleans ha escrito á dicho personaje, manifestando que no ha estado hábil en la cuestión del trono de España, y que lo que hoy conviene es retirarse.

En honor de la verdad, los más discretos de sus partidarios están mostrando gran prudencia, y prudencia es menester, en efecto, hoy en todos, porque no se ha suscitado desde la revolución una crisis más grave.

Los republicanos, satisfechos de su victoria sobre las dos candidaturas aceptadas por la mayoría, se disponen á combatir las esperanzas del tercero, que se indica, presentando al efecto en la sesión de mañana una proposición gravísima.

En el Consejo de ministros celebrado ayer se inició por el Sr. Martos la necesidad de adoptar una de dos políticas, la conciliadora, contando con todos los elementos revolucionarios, y la exclusivamente radical; la primera tuvo de su parte á los señores Sagasta y Becerra.

En cuanto á las dimisiones de los ministros, esta noche quedarán en poder del regente, y nadie duda que se conferirá al general Prim el encargo de formar ministerio, así como su tarea será muy laboriosa. Al Consejo de esta noche asistirán los Sres. Olózaga y Rivero, y esta tarde ha celebrado una conferencia la junta directiva de la unión liberal. Esta muestra gran repugnancia á entrar en el ministerio; pero ofrece su apoyo al que haga imposible el desenlace de la anarquía. Sobre esto, el Sr. Olózaga hace indicaciones graves refiriéndose á su última conferencia con el emperador de los franceses.»

Dice el mismo periódico en otro lugar:

«Las dimisiones de los ministros, aunque no presentadas oficialmente todavía al regente á las cinco de la tarde, están anunciadas. Esta noche las llevará el general Prim, después de un nuevo Consejo que ha de celebrarse y de la reunión que está celebrando la comisión de Constitución.»

Es segura la salida del Sr. Reiz Zorrilla, á quien su escurión por las provincias ha dejado hondamente impresionado. También los Sres. Martos y Echegaray trocarán, según parece, sus cartas por legaciones diplomáticas. Nada se habla ni puede hablarse de candidatos: la unión liberal dice públicamente que su única y capital exigencia será que se asegure la cuestión de orden público por medio de las leyes complementarias de la Constitución; pero la crisis, como con razón anuncia *El Imparcial*, promete ser larga y trabajosa.»

La Correspondencia publica anoche una serie interminable de sueltos sobre el tema de la crisis, de los cuales solo reproduciremos los que ofrecen alguna novedad, por no fatigar á nuestros lectores. En este número se cuentan los siguientes:

«La crisis tardará algunos días en resolverse, dando lugar á meditaciones y combinaciones que quieren buscar con madurez, todos los hombres que han de influir en su solución.»

«Parece que hoy se ha consultado al presidente de las Cortes sobre la cuestión de dimisiones de los ministros, y que el Sr. Rivero ha opinado que no debe pensarse todavía en ese asunto, puesto que tendrá pronto su oportunidad.»

«Créese que quedarán en el ministerio los señores Figuerola, Sagasta y Becerra; pero repetimos que la reconstitución del Gabinete ha de hallar dificultades por la actitud de algunos hombres políticos.»

«El regente ha conferenciado esta mañana con varios hombres políticos importantes, y con el presidente de las Cortes, como es natural.»

«En el ánimo de las personas consultadas domina la idea de conciliación que sin embargo rechazan á algunos intransigentes quizá más aclarados que reflexivos.»

«De lo que se dice en los círculos más autorizados, se confirma lo que ayer dijimos: el general Prim no dejará de ser el presidente del Gabinete, y será el encargado de reorganizarle sobre la base de la conciliación y volviendo á tener á su lado al Sr. Topete, con dos progresistas, dos demócratas y dos unionistas, hombres todos de gran talla política.»

«A la hora de cerrar nuestro número continuaba el Consejo de ministros, que se ha reunido bastante tarde y promete ser largo.»

La Política publica anoche las siguientes noticias sobre el nuevo conflicto revolucionario:

«Esta tarde á las cinco se ha reunido el Consejo de ministros en la presidencia, asistiendo á él como se había dicho, los Sres. Rivero y Olózaga.»

«En este Consejo se decidirá la presentación de las dimisiones de todo el Gabinete, si insisten en las suyas, según anunciaron ayer, los señores Ruiz Zorrilla, Martos y Echegaray.»

«La solución que se considera más probable es que esos tres ministros sean reemplazados por dos unionistas y un demócrata, completándose con el Sr. Topete, que con el general Prim, será considerado como base del ministerio.»

«Para las carteras de Estado y Gracia y Justicia se habla de los Sres. Silveira y Calderón Collantes ó Romero Ortiz; pero cuanto sobre personas se diga es evidentemente prematuro, pues el general Prim guarda la mayor reserva acerca del particular, cosa tanto más prudente cuanto que ni siquiera es aún oficial la crisis.»

«A pesar de que la aptitud de los radicales en vista de las nuevas circunstancias creadas es generalmente de expectativa, la de los hombres más importantes del antiguo partido progresista, entre ellos el Sr. Madoc que tanta influencia ejerce entre sus correligionarios, es abiertamente contraria á la prolongación de la interinidad y á la ampliación de facultades á la regencia.»

«Lemos en *El Imparcial*: «Esta noche á las ocho celebrará sesión extraordinaria el ayuntamiento para nombrar los cuatrocientos contribuyentes que deben encargarse de repartir á domicilio las cédulas electorales.»

«No es completamente exacta la noticia de que en el Consejo de anteaayer se leyera el presupuesto de ingresos: el Sr. Figuerola, si bien dió cuenta en parte de dicho presupuesto, se

extendió considerablemente en la lectura de otro documento en que, según nuestras noticias, se proponen importantes reformas en el ramo de Hacienda.»

«El Sr. Figuerola estuvo anoche á primera hora en la secretaría del ministerio de Hacienda despachando algunos asuntos pendientes que no eran susceptibles de demora alguna.»

La Discusión publica telegramas de Zafra, Sabadell, La Carolina y Zaragoza, anunciando haber triunfado el partido republicano en dichos puntos en la votación de las mesas verificada ayer para las elecciones municipales.

La Regeneración ha recibido noticias gravísimas de Santander.

Allí parece que se ha restablecido la contribución de consumos. Los vecinos se han negado á pagarla, y la administración ha procedido al embargo de bienes, muebles, y géneros.

Los días 30 y 31 de Diciembre, se hallaban las calles llenas de cajas de azúcar, sacos de cacao, muebles, etc.; y al procederse á su venta no se ha presentado comprador alguno.

Por medio de una carta de Florencia se sabe que el Gobierno español, sin que le arredren desengaños ni humillaciones, ha entablado negociaciones con la corte de Prusia con el objeto de decidir al príncipe Hohenzollern á aceptar la corona de España.

En *El Telégrafo Autógrafo* se lee esta noticia:

«Continúan, á lo que parece, los preparativos carlistas. Se ha hablado hoy en París de una importante compra de armas hecha en Lieja por cuenta de D. Carlos, por un conocido capitalista español.»

Dice el *Boletín diplomático* que el subsecretario de Estado ha dado órdenes muy severas prohibiendo se comunique noticia alguna á la prensa de Madrid, con excepción por supuesto de *El Imparcial*.

La Patria, uno de los periódicos comprendidos en la prohibición, se maravilla de los humos neo-democráticos del Sr. Gasset y Artime.

Si hemos de creer á *La Patria*, el regente se negó á firmar las gracias propuestas por el general Prim en favor de los generales Córdova, Baldrich, Gaminde, etc., etc., de que tienen noticia nuestros lectores.

Esto dependerá de las circunstancias.

La Época tiene entendido que es general la orden alzando el destierro á los militares que se hallaban de cuartel en Canarias. Si no hubo motivo para esta rigurosa medida, cómo se indemniza á los desterrados y sus familias de los perjuicios y sinabores que con ella se les ocasionaron? Bien pudiera acordarse el señor ministro de la Guerra que todavía están llenas las cárceles de carlistas, muchos de los cuales gimen en ellas quizá por meras sospechas.

Anteaayer debió reunirse la comisión encargada de redactar la ley de elección de monarca. El objeto de la reunión era examinar el proyecto formado por el secretario de la comisión, y del que se ha pasado ya copia á cada uno de sus individuos. En dicho proyecto queda establecido que la elección se haga por papeletas, que contendrán el nombre del candidato al trono y la firma del diputado que le vote. A la votación presidirá una comisión nombrada *ad hoc* por las secciones, y de cuyos siete individuos dos serán secretarios, dos contadores y tres confrontadores de los votos, todos bajo la presidencia del de la Cámara. No podrá hacerse escrutinio mientras las papeletas no sean en igual número que los votantes. Lo que á la comisión que se reúne el día 3 le falta que decidir, es si la elección ha de hacerse por un número fijo de votos ó por mayoría absoluta. Este punto no lo decide el proyecto formado.

La diputación provincial de Madrid, que no pudo realizar su empréstito, se ha contentado con empeñar en el Banco de España los títulos de la deuda procedentes de los establecimientos de beneficencia.

La diputación provincial de Valencia sigue ocupada en la negociación de otro empréstito de 5,400,000 francos que está dando mucho que hablar, porque según *Las Provincias*, la operación es ilegal por la cantidad y por la forma, es ilegal é injusta, porque priva á los actuales tenedores de obligaciones provinciales de una garantía que les estaba concedida, y aplica al pago de las atenciones generales de la provincia los recursos especiales de las obras del puerto. Con este motivo, el comercio se disponía á protestar contra el empréstito.

Dícese que Ruiz Zorrilla va á presentar los proyectos de ley sobre el jurado y reforma del Clero.

Veremos si se va Ruiz Zorrilla antes de ver cumplidos sus proyectos.

El Sr. Figuerola no se detiene ante ningún género de obstáculos para proporcionarse fondos. Acaba de hacer una negociación en París de 100 millones, con garantía de bonos del Tesoro, á la módica suma de un interés de 14 por 100 y 1 1/2 de comisión.

CORREO DE HOY.

Recibimos una carta de Roma, en que un amigo nuestro nos dá interesantes noticias.

En primer lugar hace notar que las ovaciones tributadas al gran Pío IX en estos días que sale con frecuencia, son cada vez más entusiastas y ardientes, oyéndose gritos, vivas y aclamaciones fervorosas en italiano, español, francés, inglés, alemán, etc. Habla después nuestro amigo, de las fiestas de Navidad, celebradas con extraordinaria majestad y esplendor, con asistencia de los Obispos de todo el mundo y fieles de todos los países.

El autor de la carta á que nos referimos, dícenos que fué recibido el 22 de Diciembre

por Su Santidad, que con paternal dulzura aceptó un mensaje de adhesión y fidelidad, que tuvo la honra de presentarle de parte de algunos pueblos de Andalucía. El Papa le concedió amorosamente la bendición apostólica, para esos pueblos y para su persona, familia, amigos y enemigos.

El señor Obispo de Jaén pidió el otro día una audiencia á Su Santidad para 400 españoles que ansiaban verle y recibir su bendición. Pío IX accedió benévolutamente, y el 26 de Diciembre, á las tres de la tarde, el señor Obispo de Jaén presentó á nuestro amadísimo Padre los 400 españoles. Pío IX los recibió con singular cariño, hablándolos muy conmovido en español. Les encareció la humildad, y luego expresó su alegría de ver que España, á pesar de tantas calamidades y convulsiones, sigue siendo católica, y permanece fiel á la fe de sus mayores. A este propósito recordó el Papa el espíritu católico que siempre ha animado á esta noble tierra, especialmente en aquellos tiempos en que produjo tantos sabios y santos y monumentos insignes de piedad.

Todos los circunstantes lloraban de emoción y de alegría mientras hablaba el más amado de los Pontífices; y luego que hubo terminado, prorumpieron en los ardientes vivas y aclamaciones de ¡viva el Papa! ¡viva el Pontífice Rey! ¡viva Pío IX! ¡viva el Papa infalible!

Pío IX los bendijo y bendijo á nuestra patria querida, á quien siempre ha mirado con singular predilección. Rinda España el tributo de su acendrado amor y de su gratitud, al Pontífice inmortal que nunca la olvida.

Los españoles quedaron encantados del Padre Santo. No hay otra expresión más á propósito para manifestar los sentimientos que inspira el bondadoso Pío IX.

Según vemos en los periódicos extranjeros, el 24 de Diciembre se reunieron los Obispos franceses en casa del Cardenal Bonchese para elegir los dos que han de ser propuestos en la tercera comisión del Concilio. Los señores Arzobispos de París y Obispo de Orleans tuvieron bastantes votos, pero resultaron elegidos los señores Arzobispos de Reunes y Obispo de Strasburgo, únicos que han sido inscritos en la lista general, sometida á la aprobación de todos los Padres del Concilio.

Un telegrama de Roma, fecha 29 de Diciembre, dice que los Arzobispos de Viena, Saint-Louis, Sorrento, Niribe, Malta, Esmerina y Halifax hablaron en la congregación general celebrada el día 28.

Dice *El Oriente* de Sevilla que el día 2 circuló por dicha ciudad un manifiesto á los republicanos, cuyos autores se encubrían con el pseudónimo de *verdaderos federales*. Añade que unos hablaban con este motivo de división entre los republicanos, y otros, teniendo en cuenta que la hoja era anónima, la calificaban de ardid unionista para dividir los sufragios de los federales.

El *Diario de Palma de Mallorca* se lamenta de que el actual ayuntamiento no haya celebrado el 31 de Diciembre último el seiscientos cuarenta aniversario de la conquista de Mallorca por el rey D. Jaime I de Aragón.

Si se hubiera tratado de conmemorar un pronunciamiento revolucionario, tal vez hubiera sido otra cosa.

Dice *Las Provincias* en la última hora de su número de ayer:

«En el momento en que este número va á entrar en prensa, recibimos un bando del alcalde, en el que recomienda la cordura en el acto de las elecciones, y prohíbe formar grupos en las avenidas de los colegios y dentro de ellos.»

ÚLTIMA HORA.

CONGRESO.

A las tres menos cuarto se ha abierto la sesión del Congreso con escaso número de diputados. El Sr. Martos era el único ministro que ocupaba el banco azul. Después de leída el acta, el señor Rivero ha anunciado que el ministerio había presentado su dimisión; ha manifestado además la creencia de que sería conveniente que el Congreso suspendiera sus sesiones hasta la resolución de la crisis. Hecha la pregunta por un secretario, así se acordó por los diputados.

Aumentan las dificultades para la resolución de la crisis.

Los unionistas solo pretenden una cartera para un representante de su partido que ha de ser precisamente el Sr. Topete.

«Pero el Sr. Topete, como decimos en otro lugar, se niega á entrar en el ministerio sin que antes el general Prim acepte la candidatura del duque de Montpensier. Ya se comprende que esta es una treta del Sr. Topete en connivencia con los unionistas.»

Prim dice que estos no son momentos de hablar de candidaturas.

La mayoría de los diputados opina que para que la crisis se resuelva constitucionalmente, el ministerio debe presentarse á las Cortes, confesar su culpa en lo del duque de Génova, y pedir la absolución, que la mayoría le otorgaría sin vacilar para que continuara funcionando. Así creen que quedarían burlados los unionistas.

TELEGRAMAS.

(De la agencia Fabra.)

PARIS, 3 (por la tarde).—Atribúyese á la influencia del príncipe Napoleón la formación del Gabinete tal como ha sido nuevamente constituido.

La Bolsa ha cerrado: El 3 por 100 exterior español, á 26 1/4. El 3 por 100 francés, á 73 85. El 4 1/2 por 100 ídem, á 103. El 5 por 100 italiano, á 58-60.

LONDRES, 3.—Consolidados ingleses de 92 1/4 á 3/8.

BOLSA DE HOY.

Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 23-30 y 25; pequeños, 22-50 y 90; á plazo, 22-25 y 30 fin cor. fr.

Títulos del 3 por 100 diferido, publicado, 22-00, 22-10, 21-33, 22-05 y 22-00; no publicado, 26-50 d.

Billetes hipotecarios del Banco de España, 1.ª serie, publicado, 98-35, 50 y 25.

Ídem ídem de la 2.ª serie, publicado, 88-50, 75, 89-00 y 89-50; no publicado, 89-80.

Bonos del Tesoro, de á 2,000 rs., publicado, 58-00, 57-50; 75, 60 y 58-00.

Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2,000 rs., publicado, 41-50, 41-00 y 40-90.

